

Mariposas

Fernando Díaz-San Miguel

Campos y más campos. Pasto verde y animales que se alimentaban de él en todos lados. Creo que ya no prestábamos tanta atención a los paisajes. Veíamos sitios con la avidez y la prisa del que tiene que dejar rellenado un formulario. Por eso, cuando nos soltaron que quien no había besado la piedra del Castillo de Blarney no había conocido Irlanda no lo pensamos ni un momento. Ese mismo fin de semana nos dirigimos hacia un punto de Irlanda que ahora tendría que buscar en el mapa para poder recordar dónde estaba. En nuestro coche europeo, con su volante a la izquierda, lo importante era no darle importancia al hecho de que los conductores allí adelantaban en continua, apagaban las luces de noche si el de delante las tenía encendidas, para no gastar, suponíamos. Adelantaban en continua porque sabían que, pese a ser ópticamente imposible, sí cabían tres coches. La prueba de que cabían tres coches adelantando en una curva es que llegamos a media mañana al Castillo.

Hacía sol y hacía frío. Apenas dimos una vuelta. Teníamos que entrar y preguntar por la piedra. Todos desconfiábamos de eso de tener que besar una piedra que habían besado millones de personas, pero eso no significaba que no fuéramos a hacerlo. Habíamos hecho cosas mucho peores, habíamos besado a mujeres que no recordábamos, habíamos dormido en habitaciones que las babosas recorrían en la oscuridad y en las que dibujaban su lento surco brillante, lo juro.

Allí arriba el paisaje era espectacular, muy bien. Miramos en las cuatro direcciones y buscamos la piedra. Había mucha gente en la cola para besar, eso también era nuevo. Pero no había piedra, entendida como tal. Al borde del muro un espacio pensado para la defensa de la base del castillo, un hueco al vacío en el suelo que daba a la nada, sólo unas barras de hierro. La mecánica era fácil después de ver al anterior. Te sentabas en el suelo de espaldas

al hueco, un hombre te pasaba el brazo por los riñones, te sostenía bocarriba hasta que, de espaldas y en el aire, te asías a dos hierros. Un poco más abajo estaba la marca oscura por los besos. A quién diablos se le había ocurrido aquella cosa. Ni siquiera podían haberlo hecho para incentivar el turismo en la zona, para sacar algo de dinero. No vendían ni agua.

Cuando me tocó, pude ver el enrejado que representaba el riesgo resumido en un chichón y unas cuantas magulladuras si me resbalaba, pero allí todos se sujetaban con fuerza, qué remedio. Allá iba, nadie podría decir que yo no había conocido Irlanda. Bocabajo, con mis labios a unos centímetros de la piedra sucedió algo, un mareo, no lo sé. Pensé en mariposas con colores asimétricos, detrás de las mariposas la imagen de una máscara veneciana, la primera estrofa de *Telarañas cuelgan de la razón*, un dedo mandando guardar silencio. Imágenes y palabras fueron cubiertas por las mariposas de colores asimétricos con alas irreales, después se difuminaron. Entonces me encontré de nuevo allí, a unos milímetros de la piedra. Los otros me gritaban: “¡Eh, Izamid, vamos hombre, bésala y nos vamos!”.

Al llegar la tarde, ya en la tranquilidad del hostel, puesto que nos habíamos quedado en la zona para amortizar la gasolina y tachar más cosas, intenté analizar el significado de esas mariposas. No se había tratado de una bajada de tensión, y si lo hubiera sido, ¿qué tiene que ver con todas estas imágenes? ¿Tenía que ir al médico? Eso no era para otros, la cosa tenía más que ver con el significado de aquellas imágenes. No podía ser una idea fortuita, nos aburríamos, siempre había demasiado tiempo, así que empecé a desarrollar toda una teoría, tenía que significar algo.

Por el día hicimos más turismo, tengo imágenes que pueden pertenecer a aquel viaje y algún disco fundamental que me hicieron comprar mis compañeros. Siempre nos forzábamos a comprar música compulsivamente con aquello de cómo puedes no tener este disco, es *fundamental*, y lo cierto es que lo eran. La música, como la lectura de libros recuerda lugares, como algunas calles por las que no puedo pasar porque son nombres de mujeres. Me atrevería a decir qué discos compré en aquella ocasión si pudiera superar la pereza de mirar en el mapa por el que volvimos a casa.

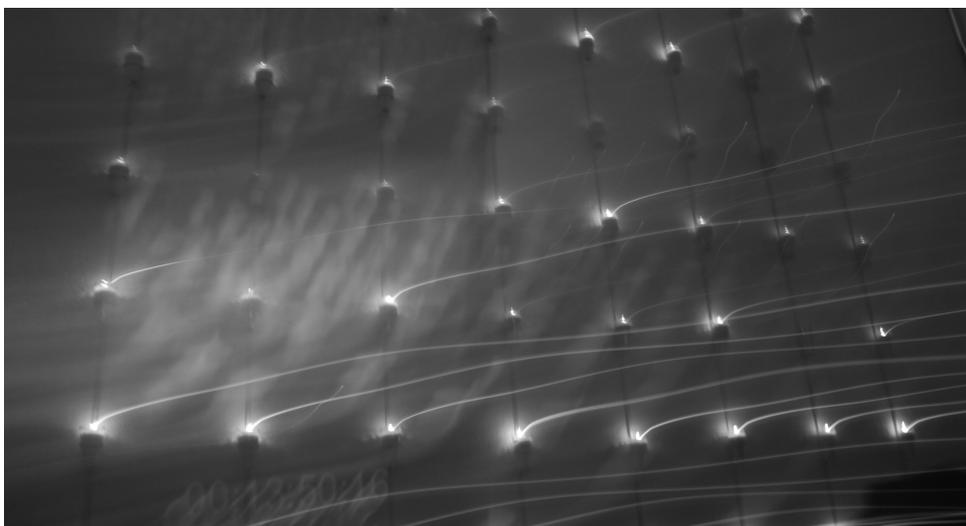
Esa noche, cansados, supongo que hicimos poca cosa, charlar en la cocina o cruzar la calle y tomar unas pintas en el Leirim. En mi nueva habitación, lejos del rastro húmedo de las babosas, un lugar más cálido y más luminoso en el que pude invitar a tomar té a la gente, tuve un sueño largo en el que las mariposas de colores asimétricos volvían a aparecer desde la penumbra de un sueño trivial. Cruzaron un puente desierto en una ciudad desierta y al momento, tras el vuelo de las mariposas, vi el viejo puente O’Connell en la mitad desierta de un páramo por el que sólo cruzaba el recuerdo de un río. Ese silencio se convertía en el soplo de viento que lo derribaba, lo transformaba en arena que empieza a desmoronarse. Yo no recuerdo haber tenido sueños tan rápidos como aquellos, tan llenos de imágenes. Las primeras luces,

siempre demasiado pronto, me despertaron, era el dolor de cabeza crónico de la cerveza, pero era también otra cosa.

Después de tres días, después de veinte o treinta té, la *kettel* bullendo de la mañana a la noche y la caja de cien bolsitas que no duraba una semana, con mi pelo despeinado, días enteros en pijama y el recuerdo de las extrañas mariposas, comprendí que no conseguiría descifrar su mensaje si no conseguía completar mi sueño. Así que esa noche me encerré en mi habitación y, sin preguntarme por qué, pinté en las palmas de mis manos dos grandes mariposas, me puse mi mejor pijama y tumbado en la oscuridad esperé a que llegaran.

Soñé con los paisajes de *La Ilíada*, luego con un árbol grande o con el Empire State. Yo miraba mi mano y luego la otra. Ya no estaban los dibujos, pero alrededor de mis manos extendidas no había nada, el mundo se derretía: las monedas, los trapos de cocina, pedazos de mar se derretían, los monumentos, los urinarios, mis profesores. Las formas se deshacían convirtiéndose en mariposas, briznas de hierba, partituras, cajas de cien clips por cien de esos pequeños monstruos, las fotos. Soñaba con ríos de mariposas corriendo por el mundo que volaban en una misma dirección, todas exactamente hacia una playa. Millones de mariposas comenzaron a confluír sobre esa huella, a chocar sobre ella y construir desde los pies la forma de un hombre. Ahí me di cuenta de que estaba soñando, cuando la última mariposa llegó desde el último lugar del mundo: abrí los ojos y vi la cara de Mac, me gritaba. Supongo que creía que me habían puesto algo en la bebida. A él sí.

Luego pensé que debería escribir un cuento de buenas noches en el que explicara a los niños que las mariposas son las pequeñas cosas de la vida y esos rollos. Pero no lo escribí, me distrajeran las pequeñas cosas de la vida: mis amigos, los bares, las extranjeras.



Altar (2013), de Yuriko Rojas. Foto: Edgar Valtiago.